

Si dirigimos otra vez una rápida ojeada á la construcción de los castillos, veremos que hasta la segunda mitad del siglo XIV y el siglo XV no llegaron á su perfección arquitectónica. En los países alemanes había muchos castillos de grandioso trazado, ejecución artística y ricos adornos; uno de los más importantes fué el de Alberto, en Meissen, edificado desde 1471 á 1483; mas el verdadero ideal de un castillo, y sin duda una de las creaciones arquitectónicas más grandiosas y acabadas de toda la Edad media, fué sin disputa el Marienburgo, castillo de la orden teutónica en la Prusia occidental, cuyos principales cuerpos se construyeron poco más ó ménos en 1385: allí era donde el gran maestre tenía su corte, digna en verdad de un príncipe, y en la cual se notaba una mezcla particular de caballería y monaquismo. Sin embargo, hasta fines del siglo XV no comenzó á corresponder la comodidad en el interior de los castillos feudales con la solidez y magnificencia exterior; hasta entonces, aun para la gente acomodada, y también para los ricos, había sido un lujo exorbitante tener ventanas con cristales. A los toscos é insuficientes aparatos para dar calor sucedieron las estufas de decente aspecto con las que se podía caldear las vastas habitaciones. A decir verdad, sin ventanas bien construidas y buenas estufas no sería llevadera la existencia para el hombre, como todos sabemos, en nuestro desagradable clima, por más que se le califique de templado.

Acostumbrados como estamos á las comodidades de la vida moderna, podríamos encontrar muchos inconvenientes en las moradas de la época caballerescas romántica; pero se ha de observar que la sociedad de entonces sabía contentarse con ellas; no la contrariaban tanto las molestias de la vida, y por otra parte gozaba más alegremente de las diversiones en que le era dado recrearse. La primitiva é inextinguible inclinación germana á la vida en familia, que ha sido siempre el amparo de nuestro pueblo en los períodos críticos más peligrosos de su existencia, era lo que conservaba unida y sana la sociedad caballeresca, á pesar de todos sus excesos. No podemos representarnos la mujer alemana sino como una buena madre: hasta las damas más nobles de la Edad media cifraban su mayor gloria y alegría en criar ellas mismas sus hijos. El gran poeta Wolfram ha descrito con la graciosa sencillez propia de su estilo la escena en que la reina Herzeleide, recordando á María, «sublime reina que ofrecía su seno á Jesús», amamanta á su hijo recién nacido, Parzival. «La reina, sin vacilar, colocó el pezón de su pecho en la boquita del niño, y ella misma quiso ser su nodriza y criar á la tierna criatura.»

Godofredo de Estrasburgo, contemporáneo de Wolfram, nos dice que por lo regular se bautizaba á los niños seis semanas después de nacer y que las madres mismas llevaban á sus hijos á la iglesia. «Apénas la dama había recobrado su salud, cumpliendo con la costumbre establecida para las mujeres, debía ir con su hijo á la iglesia: cogíale en brazos y llevábale ella misma graciosamente á la casa de Dios, según lo requería el decoro. Cuando con el mayor recogimiento se dirigía hácia el altar para hacer sus ofrendas y elevar sus oraciones, seguida de un lucido acompañamiento, lo encontraba ya preparado para el solemne acto del bautismo, acto en el cual debía recibir el recién nacido la señal del cristiano. Dispuesto ya lo conveniente, según es costumbre en tales ceremonias, presentábase el sacerdote, y preguntaba cuál debía ser el nombre del niño.» Si la criatura que debía bautizarse era niña, dábanla de ordinario un nombre nacional alemán, como Adelaida, Berta, Diemuth, Edelinda, Guta, Gertrudis, Hazicha, Eduvigis, Emma, Heilwig, Hildegarda, Hildegonda, Cunigonda, Matilde, Mechthilda, Richinza,

Rilinda, etc.; pero ya desde el siglo XI se introdujeron los nombres extranjeros tomados del catálogo de santos cristianos que después se pusieron cada vez más de moda. Aun en el siglo XII, sin embargo, los nombres nacionales eran los más numerosos, mientras que en el siglo XIII predominaron los extranjeros. Las canciones amorosas del siglo XIII nos han transmitido nombres de mujeres muy característicos entre los labradores de aquella época; algunos de estos nombres tienen una bonita significación, pero la de otros no es nada agradable. Entre los primeros figuran los de Engel (Ángel), Freude (Alegría), Liebe (Amor), Rose (Rosa) y Wonne (Delicias); entre los segundos, Geiss (Cabra), Igel (Erizo), Yutze, Hetze, Matze, Metze (Prostituta), etc.

La primera educación de las niñas, en la alta sociedad, correspondía á las madres, según lo requiere la misma naturaleza; después se completaba la instrucción en la misma casa de la familia ó en los conventos de monjas ó ya en las cortes de príncipes unidos con aquella por los lazos de la amistad. En los conventos bien dirigidos, una maestra de escuela (*diu schuole meisterin*) cuidaba de la enseñanza de las alumnas; en las cortes de los príncipes había también una para el mismo objeto. Aun en el siglo XII la educación de las jóvenes parece haberse limitado á la enseñanza de labores de mano y á los quehaceres domésticos; pero más tarde, cuando las tijeras y agujas de las madres de familia no pudieron bastar ya al aumento del lujo y al rápido cambio de las modas, y cuando los sastres y modistas se encargaron del vestuario, las mujeres y niñas «de mundo» buscaron nuevo pasto para su imaginación. Entonces comenzaron á instruirse en las «artes liberales», es decir, en la lectura y escritura, aventajando en esto á los hombres de su clase, entre los cuales eran tan raros tales conocimientos que hasta un poeta de la nombradía de Wolfram de Eschenbach, y un versificador tan inspirado como Ulrico de Lichtenstein, no sabían leer ni escribir. El segundo, á quien he caracterizado y dado á conocer en mi «Historia de la civilización y de las costumbres alemanas» como el Don Quijote alemán, nos describe en sus memorias rimadas, *Der vrouwen dienst* (El servicio de las mujeres), que, dicho sea de paso, tienen muy poca rima en su mayor parte, el grave apuro en que se halló á causa de verse obligado á dejar trascurrir diez días sin leer «un librito», es decir, una carta de amor versificada, que había recibido de la señora de sus pensamientos, no teniendo á su lado ni escribiente ni lector. La sociedad caballeresca habíase acostumbrado á considerar á la mujer como un centro en rededor del cual todo giraba; venerábala, por lo ménos teóricamente, como á un foco de luz; sólo ella inspiraba á los vates; y por lo tanto era muy justo que las mujeres brillasen como favorecedoras y protectoras de la literatura. Las mesas de sus habitaciones estarían seguramente cargadas de libritos de cantares de los trovadores, cuidadosamente escritos y pintados, y junto á ellos se verían los gruesos tomos de pergamino, en cuyas hojas estaban inscritos los cantos de los Niebelungen, el «Irrein» de Hartmann, el «Parzival» de Wolfram y el «Tristan» de Godofredo.

Las mujeres jóvenes y bien educadas sabían recitar ó cantar poesías líricas ó épicas con acompañamiento de la cítara ó del arpa, dándoles la mejor entonación. La dama joven é instruida no debía limitarse á ser hábil en las primorosas labores de mano; exigíasele también el conocimiento de la lectura y escritura, del canto y la música, y además el de algún idioma extranjero. Las mujeres de gran disposición, no contentas con esto, llegaban á poseer conoci-





CASTILLO FEUDAL CONSTRUIDO EN UNA ROCA



ISOLDA



mientos universales, hasta donde lo permitían los adelantos de la Edad media; pero estas mujeres hay que buscarlas siempre en los conventos. Desde su clausura de San Ruperto, cerca de Bingen, la sabia abadesa Hildegarda, canonizada más tarde (muerta en 1179), ejerció gran influencia en su época, figurando como Veleda en la antigüedad. En el alma de aquella profetisa que mantuvo correspondencia con papas y reyes, y á la que Federico Barbaroja recibió en su palacio de Ingelheim como un sér sublime, escuchándola con toda atención cuando le amonestó para que ejerciera justicia y cumpliera con sus deberes como supremo soberano del cristianismo, alentaba como un soplo de beatitud panteista.

Diez y seis años después de Hildegarda murió la abadesa de Hohenburgo, Herrada de Landsberg, discípula y sucesora de la docta Relindis. Herrada fué una excelente superiora de su convento, y sin duda la mujer más instruida de su época, como lo probó en su «Huerto de las delicias» (*Hortus deliciarum*), precioso manuscrito en latín, que por desgracia fué consumido por las llamas durante el bombardeo de Estrasburgo en 1870. Este libro era una especie de diccionario enciclopédico para instruir á las monjas en aquellas cosas que entónces se consideraban como más importantes; en la astronomía, geografía, filosofía, teología, historia eclesiástica y universal, y artes. Herrada no fué solamente sabia sino también poetisa, y entre los himnos latinos que componía para sus monjitas de Hohenburgo (*Virginculae*) hállanse algunos bastante buenos. En fin, la buena abadesa era también pintora; con su propia mano ilustró su libro con dibujos tan numerosos que éste llegó á ser una de las principales fuentes históricas de las costumbres del siglo XII.

Las poesías profanas de esta época abundan en descripciones de la hermosura femenil, que en las alabanzas de ciertos atractivos llegan hasta la exageración; de lo cual se deduce que la sensualidad tenía para nuestros antiguos poetas románticos una importancia tal, que se reconoce muy poco el tan decantado espiritualismo cristiano de la Edad media. Aquellos poetas nos dan á conocer minuciosamente las modas en los trajes del bello sexo, y por ellos sabemos que el vestuario de las mujeres se componía de cuatro prendas principales: el *pfeit* (camisa); el *rok* (túnica interior); el *kuersen* (llamado también *kursat*, *kursit* ó *sukemie*, es decir túnica superior); y manto. En el siglo XIII el célebre monje Berchtoldo y otros predicadores condenaban ya con violencia el lujo impúdico de las modas femeniles. Las damas elegantes sabían muy bien pintarse el rostro y las cejas, y disimular las formas defectuosas de su cuerpo; conocían á fondo las artes del tocado, y así como hoy, usaban ya postizos, no sólo para el cabello, sino también para el seno y las caderas.

Nos dirigiremos sin embargo al maestro Godofredo de Estrasburgo, al más perito entre los peritos, para que nos presente en traje de gala á su rubia Isolda como el ideal personificado de una dama palaciega, tanto por su aspecto como por sus costumbres. El poeta lo efectúa en aquella escena de su magnífica poesía en que la reina Isot y su hija «la ilustre doncella Isolda» se presentan á Tristan, con cuyo motivo el autor caracteriza notablemente la diferencia, en la actitud de la madre y de la hija, en el proceder de la dama y de la virgen palaciegas. «Con graciosa y segura planta, que apenas toca el suelo, ostentando sus hermosas formas, esbelta y ligera, cual si Cupido á su placer la hubiera modelado, preséntase Isolda junto á su madre. Lleva la túnica y el manto de terciopelo de color castaño; la falda con franjas

en ambos lados, se ajustaba perfectamente á las caderas, ciñéndose al cuerpo con un cinturón, que precisamente estaba «en su oportuno lugar.» La túnica, oprimiendo las formas, «presentaba una superficie lisa de arriba abajo,» ensanchándose no obstante alrededor de las piernas y cayendo en flotantes pliegues. El manto tenía por adorno, tanto interior como exteriormente, unas fajas de armiño y estaba orlado de piel de cibelina salpicada de negro y gris; sujetábase á la parte anterior del pecho por medio de un lazo de perlas unido al broche, donde la joven apoyaba el pulgar de la mano izquierda; mientras que con el de la derecha y el índice se recogía el manto, haciéndole formar airosos pliegues al rededor de los piés, y dejando ver su forro de seda y su magnífica orla de pieles. En la cabeza llevaba una estrecha diadema de oro adornada de esmeraldas y rubíes, diadema que sin embargo sólo se descubría por el brillo de las piedras, pues á no ser por esto, no se hubiera podido distinguir el metal entre la abundante cabellera de oro. Alegre y digna á la vez, Isolda avanzaba junto á su madre, con inimitable gracia en sus movimientos; sus pasos eran medidos; andaba erguida y con esa soltura propia del gavilán, aunque sin descomponer un punto la rigidez de su porte. El original dice: «Su mirada, serena como la del halcón que observa desde el ramaje, paseábase tranquila de un punto á otro, sin que hubiera nadie en quien no produjesen su efecto aquellos dos luceros. El esplendor de su hermosura difundíase como un rayo de sol iluminando el espacio. Muy distinto era el saludo que madre é hija dirigían á los presentes al pasar por la sala: la reina saludaba con palabras, la princesa con mudas inclinaciones; la madre hablaba, la hija callaba.»

Si á esto añadimos que la rubia Isolda no sólo hablaba correctamente su lengua materna, sino también el francés y el latín; que sabía leer y escribir, cantar muchas melodías, tocar la cítara y el arpa, componer canciones y referir fábulas y cuentos, se comprenderá que era modelo de una joven dama formada según la *moralitas* palaciega, es decir, según el «arte de las buenas costumbres.» Encontramos el complemento de esta moralidad en el conocido y excelente poema instructivo del siglo XIII, «El Winsbecke y la Winsbeckin,» en el que la madre instruye á su hija del modo siguiente: «Querida niña, generosos deben ser tus pensamientos y casta tu vida; entónces tu fama será notoria, y tu corona virginal te sentará bien. Debes saludar honesta y bondadosamente al que merece honra y no te será lícito dar á tus ojos una expresión provocativa; el pudor y la moderación son dos virtudes por las cuales nosotras, las mujeres, alcanzamos una recompensa sublime.» La significativa palabra «moderación» se repite continuamente en las obras de nuestros pensadores y poetas de la Edad media. Gualtero de la Vogelweide dice: «Los esfuerzos que se hacen para poseer la verdadera moderación son fuente de todo lo bueno y de todo lo bello;» y eleva una súplica á la «excelsa moderación» para que le inspire. Godofredo de Estrasburgo, á su vez, elogia esta cualidad (*die mase*), considerándola como el colmo de las virtudes femeniles: «De todas las cosas que en este mundo vieron la luz del sol, ninguna tan digna como la mujer que rige por la moderación su vida, su cuerpo y sus costumbres.»

En la educación de los hijos varones procuróse siempre desde un principio imbuirles en las costumbres caballerescas y cortesanas; mientras que las «artes liberales», es decir, los conocimientos superiores quedaban relegados á un lugar muy secundario, y á la voluntad del discípulo estudiarlas ó no, si los hijos de casas nobles, sobre todo los menores, no se dedicaban desde su